

Polaroid Porteña, toma 2

Juan Luis Martínez nunca se cansaba de recibir poetas, cualquiera fuese su pelaje, soportando con humorismo las rarezas de la zoología humana que caían por la librería. Solía brindar a sus únicos amigos con gélidos vasos de agua pura. Autodidacta a ultranza, cultivó la maestría Zen del silencio a toda costa. Así, sin quererlo o sabiéndolo secretamente, separó las aguas de "La poesía chilena" en un antes y un después de "La Nueva Novela" (1977). Poesía concreta, objetual, del absurdo y el non sense, incluidos Carroll y sus propias Alicias. (Elianita sonríe tras grandes gafas oscuras, mientras Alita y María Luisa corretean al gato de Cheshire Villalemanino). Más conocido fuera que dentro, los jóvenes poetas reconocieron en aquellos "vie-vie-viejitos", las señales de ruta de tan querido hermano mayor.

Ennio Molledo no se oculta; simplemente, desaparece de escena antes de subir el telón. Hay por allí cierta foto comprometedora que

le muestra flaco y juvenil disfrazado de Shane, El Justiciero. Así de solitario. Sin moverse de su escritorio viaja bien acompañado de gruesos lentes y los clásicos de siempre. Suma plumas y piedras preciosas a su caja secreta de poesía en prosa. Vigía de lo que permanece tras el temporal, sus libros se avalúan como tesoros escondidos en el naufragio de un siglo puro desecho. Mientras las playas en invierno se acomodan mejor a sus paseos, el "Bar Estrella" le espera cualquier día de la semana, ruleta rusa para despistar a los seres ajenos a su cofradía. Desde su mirador de los solitarios decide el rumbo de las nubes y los días. Poeta ausente del banquete por propia mano, siempre será bienvenido.

Esta vez, la fiel polaroid retrató a dos voces mayores de la poesía porteña. Vaya, pues, este abrazo y este brindis a la memoria y a la distancia.

Marcelo Novoa